

NARRATIVA

Condenado a muerte por los integristas, es el escritor maldito de la literatura árabe actual. El Bukowski marroquí, un analfabeto que aprendió a escribir para ofrecer al mundo el puñetazo de *El pan desnudo*, publica en España *Rostros, amores, maldiciones*, la última entrega de su trilogía autobiográfica.

Mohamed Chukri

“No busco el martirio, pero si me ataca un loco por la calle me defenderé con mi cuchillo”

JAVIER VALENZUELA

Mohamed Chukri le pide al camarero que traiga “una botella del mejor vino que haya”, y el camarero, que ha entendido perfectamente a Chukri, aunque éste haya hablado en castellano, trae una de Médaillon, un cabernet de la zona de los Uled Thaleb, en Benslimane. Chukri prueba y aprueba el vino. “¿El primer trago del día?”, pregunta el periodista con una sonrisa que indica que sabe que la pregunta es tonta y la respuesta negativa. “No”, responde Chukri. “Esto es vodka”, dice señalando el vaso con un líquido blanco que bebía antes de la llegada del periodista. “Aquí ya me he tomado tres; y en mi casa, un whisky de Chivas para desayunar”. Chukri dirige la mirada a un plato con rodajas de plátano bañados en otro líquido y añade: “Y eso tiene un poquito de Baileys”.

PREGUNTA. Usted siempre ha bebido mucho, ¿no?

RESPUESTA. ¡Ufff! ¡Barriles! Tabernas enteras, bodegas enteras, grandes bares, pequeños bares, restaurantes, burdeles, hoteles... He bebido sin parar.

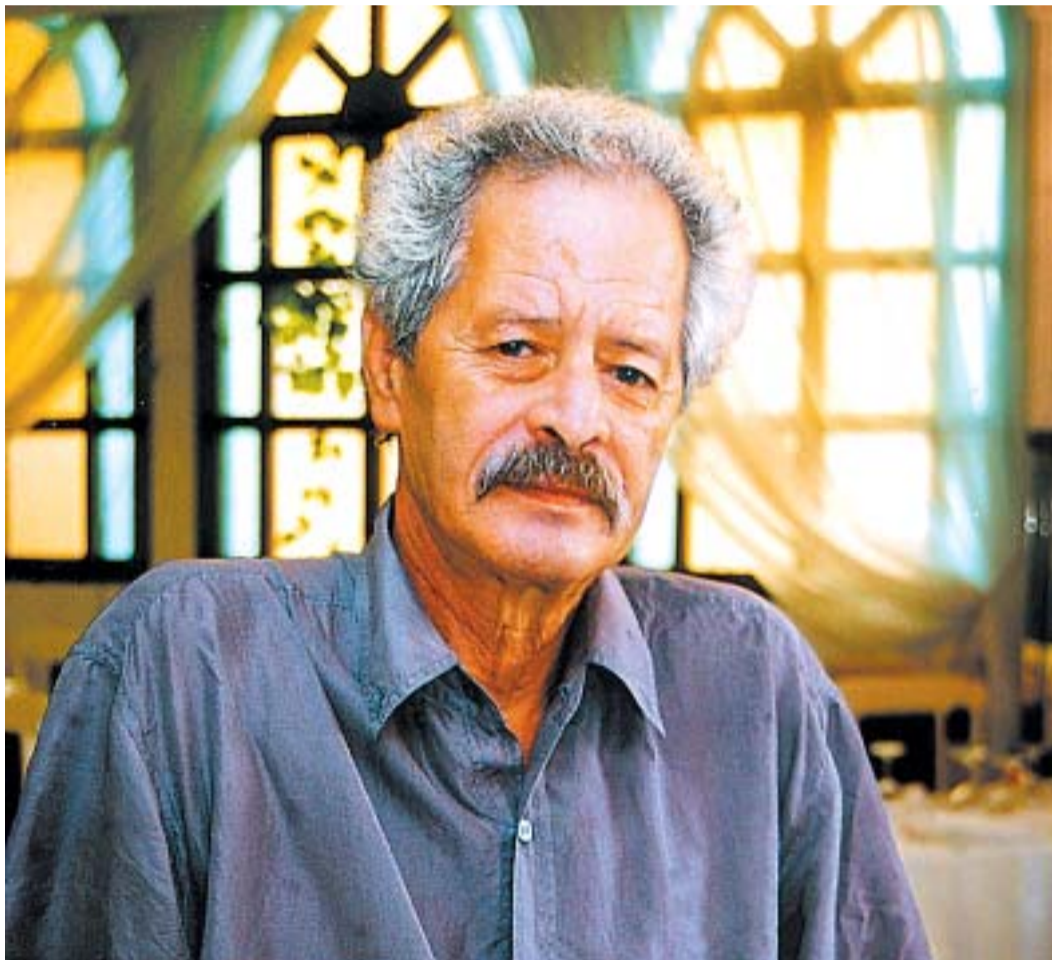
P. Y sigue bebiendo.

R. ¡Claro! Mi cuerpo lo soporta hasta ahora. Y a mi edad no tengo nada que perder. Nada que perder, oye.

Chukri nació en una aldea del Rif en 1935, en la época del Protectorado español en el norte de Marruecos, y desde su juventud vive en Tánger. A sus 67 años es un tipo de cabello leonino y canoso, amplia frente cruzada por una cicatriz, bigote de puntas caídas bajo una nariz de halcón y ojos chicos y tan vivos e inteligentes como tristes. También es una leyenda viviente de la literatura magrebí y árabe. En 1972 escribió *El pan desnudo*, el furibundo y doloroso relato de su infancia y adolescencia en el rebelde y miserable Rif ocupado por los españoles y en el Tánger cosmopolita de la época internacional. Fue el retrato de un lugar y un tiempo desde el lado de los que limpiaban botas, vendían cigarrillos de contrabando, trapicheaban con quif, cometían pequeños hurtos o se prostituían con los extranjeros. Luego, en *Tiempo de errores*, Chukri contó su extraordinario esfuerzo para convertirse en escritor desde su condición de pícaro analfabeto. Ahora cuenta un puñado de historias tangerinas, autobiográficas una vez más y de las que te golpean al hígado, en *Rostros, amores, maldiciones*, recién publicado en España.

P. Rostros arranca con los personajes del bar Granada, unas prostitutas llamadas Lala Chafika, Malika, Fati... Usted ha ido mucho de putas, ¿verdad?

R. ¡Mucho! Antes yo podía follar dos o tres veces al día con mujeres distintas y luego hasta me masturbaba



Mohamed Chukri nació en una aldea del Rif en 1935, bajo el protectorado español.

ZACHARIA DEFOUF

antes de dormirme. Cuando tenía 19 años, hubo un día en que eché nueve polvos. Claro, ahora sólo una o dos veces al mes, ya no estoy tan en forma. Pero las putas de antes eran más cariñosas y tenían cultura, al menos tenían cultura oral. Sabían contar historias, ¿entiendes? Como Fati, Fátima, marroquí pura, de Larache, que todavía vive en Dinamarca. Y las de antes tenían tiempo. Las de ahora ponen el reloj y ni disimulan: “Son quince minutos”.

P. ¿Hay algún gran amor frustrado en su vida?

R. He tenido algunos amoríos. Pero yo me he casado con mis lectoras, mis escritos y mis amigos. Y si me casara algún día con una mujer, no querría tener un hijo. Temo comportarme como mi padre se comportó conmigo, ¿entiendes? Siempre he vivido con ese complejo.

El padre de Chukri era un desertor del Ejército colonial español que ataba al niño Chukri a un árbol y le azotaba con un cinturón de cuero, y que un día, en un arrebatado de cólera, estranguló hasta causarle la muerte al hermano de Chukri. Chukri contó esa historia, y el odio al padre que enraizó en su alma, en *El pan desnudo*. Y lo hizo del mismo modo directo y descarnado con el que ahora habla en *Rostros de las prostitutas del Granada* o de Alal, el hijo que le hace una felación a su anciano padre para evitar que se case de nuevo y tener que compartir su herencia. Así que sus temas y su estilo le han convertido en

un escritor maldito, en un escritor que ha sido comparado al norteamericano Bukowski y al cubano Pedro Juan Gutiérrez. Pero la condición de maldito es aún más explosiva en el mundo árabe y musulmán. En 1989, Chukri fue condenado a muerte por el régimen de Jomeini y en los noventa sus obras fueron prohibidas en Egipto por la presión de los ulemas.

P. Cuando salió la traducción al castellano de *El pan desnudo*, Juan Goytisolo escribió que usted había escrito la primera autobiografía árabe honesta, sincera, verdadera. En el mundo árabe es rarísimo el que uno proclame públicamente sus debilidades y sus vicios. ¿De dónde le viene la fuerza?

R. Las autobiografías árabes, que se cuentan con los dedos de una mano, están escritas con pocas confesiones. Yo, para escribir mi trilogía autobiográfica, me he servido más bien de ejemplos occidentales, como san Agustín y sus *Confesiones*, Jean-Jacques Rousseau, Somerset Maugham, Colin Wilson, *Les mots* de Sartre, Juan Goytisolo y *Coto vedado*... Estas lecturas me han dado coraje para expresarme. Sabemos muy bien que la literatura árabe clásica era más libre que la de ahora. Ahora abundan los tabúes. Pero en la época preislámica y al principio del islam había una literatura, como *Las mil y una noches* o *El jardín perfumado*, que tenía más libertad de expresarse. Hubo una decadencia en la cultura árabe, sobre todo cuando los árabes salieron de Es-

paña, hace cinco siglos. Se perdió la libertad de expresarse y reinaron el fanatismo y la religión. Y la religión lo ha matado todo, ¿entiendes? Los tabúes matan la libertad, la creación.

P. El fanatismo también quiere matarles a Salman Rushdie, Naguib Mahfuz y usted.

R. Sí, vamos para abajo, no para arriba. Pero esto no me para, no es el muro de Berlín, ni es la Muralla de China. Esto no me impide seguir escribiendo lo que escribo. Si a mí me ataca un loco por la calle y me da una puñalada y muero, me importa un pepino. Porque tú te vas pero la idea queda. Yo no busco el martirio, pero si me toca la mala suerte, pues que toque. No tengo miedo de seguir escribiendo tal como escribí el primer libro. Yo también llevo conmigo un cuchillo. De gran tamaño. No quiero irme solo al cementerio. Que vayan conmigo uno o dos, oye. Puedo llevarme por delante uno o dos de esos locos. No me voy solo.

P. Cuando le he contado a algunos amigos de la burguesía tangerina que venía a la ciudad para entrevistarse, me han dicho: “¡Oh, no, Chukri da tan mala imagen de Tánger!”.

R. Claro, los compatriotas son a veces... Bueno, yo te voy a hacer otra pregunta: esta gente que te dice que Chukri da una mala imagen de Tánger, ¿quiénes son esta gente? Son gilipollas, gilipollas sociales. Que te invitan a un tayín, un cuscús o una harira en sus casas y no han leído ni media docena de libros. Yo he leído cuatro mil libros y puedes creer en mí más que en ellos. A ti te invitan a un tayín y a pasarlo bien y a fumar unos pitillos de quif o de hash, pero, oye, no te van a convencer con esto, ¿no? Lo que te convence más es la palabra. Al principio existió la palabra. Éstos son cagones, no han realizado nada en sus vidas.

P. Vale, Chukri. Hablemos, pues, de Tánger. Hubo tres grandes ciudades cosmopolitas en el Mediterráneo árabe: Alejandría, Beirut y Tánger. A Alejandría se la han cargado el nacionalismo y el islamismo, pero con Beirut y Tánger aún no han podido, aunque las han dejado pachuchas. Tánger sigue siendo diferente, libre y canalla. ¿Tú cómo definirías Tánger?

R. Hombre, Tánger es una ciudad mítica. Y el mito no se explica. Si lo explicas cesa de ser un mito. Tiene sus secretos.

La conversación se desarrolla en el tangerino hotel Ritz, que no tiene nada que ver con los lujosos Ritz de París y Madrid. Allí tiene su oficina Chukri, allí recibe por las mañanas. Y mientras el escritor y el periodista almuerzan y charlan, la botella de Médaillon mengua a marchas forzadas. La charla es en castellano, lengua que Chukri, como tantos tangerinos, habla con fluidez y gracia.

P. Chukri, a usted se le nota que le gusta mucho España.

R. ¡Hombre, hombre! Yo he tenido aquí grandes amigos españoles, a partir de los gitanos y los andaluces, que eran como nosotros, marginados. Y también he tenido maestros, profesores y escritores españoles que han sido y son mis amigos. Pero nunca he tenido un amigo francés. Francamente. Y con los ingleses y norteamericanos era otra cosa. Era para follarse y para follarme. No físicamente, espiritualmente.

P. ¿Lee a escritores españoles?

R. ¡Claro! Y también he traducido poetas españoles. He traducido poemas de Bécquer, los Machado, Vicente Aleixandre, Gabriel Celaya,

BIBLIOGRAFÍA

El pan desnudo.

Traducción de Djbilou Abdella. Debate. Madrid, 2000.

Tiempo de errores: autobiografía novelada.

Traducción de Kamma Hajjaj y Malika Embarek. Debate. Madrid, 1995.

NARRATIVA

Lorca, Labordeta, Susana March... Los he traducido al árabe.

P. ¿Y cuál es su escritor español favorito?

R. Ahora me da la impresión de que América Latina ha superado a España. Con Juan Rulfo, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa... Esos nombres no tienen equivalentes en la actual narrativa española. Pero admiro a Juan Goytisolo y Torrente Ballester. Y de los clásicos, soy un gran admirador de Cervantes.

P. ¿Los lee en español?

R. ¡En español! ¿En qué voy a leerlos?

Con la botella de tinto vacía y los estómagos apaciguados, Chukri y el periodista se van a la casa del escritor, un ático en un inmueble próximo al Ritz. Chukri sube los cinco pisos a pie —no hay ascensor— y sin dejar de fumar. La casa es un rastrillo de ropas, vajillas, aparatos electrónicos anticuados, libros, folletos y fotos de Chukri con escritores: Paul Bowles, Alberto Moravia, Jean Genet, Goytisolo, Tahar Ben Jelloun... Hay también un retrato bien visible del líder rifeño Abdelkrim. Chukri enseña a su invitado sus propios libros, incluidas las 48 traducciones a otras tantas lenguas de *El pan desnudo*, y su colección de muñecas *inválidas* —así las llama él—; muñecas a las que les faltan ojos, brazos, piernas, cabezas.

El periodista le ha traído a Chukri dos botellas de vino Málaga, una de parte del arabista Bernabé López García, que vivió muchos años en Tánger, y otra como regalo propio. Chukri abre una, sirve dos vasos generosos y pone en el vídeo una casete. Es una emisión de *Apostrophes*, el programa televisivo de Bernard Pivot, de hace 20 años y aún en blanco y negro. Chukri estaba invitado —“fue mi primera salida de Marruecos”— a hablar del odio al padre con motivo de la aparición en Francia de *El pan desnudo*. “Ahora”, dice, “comprendo mejor a mi padre. Su violencia venía de la violencia y la miseria en la que vivía Marruecos bajo el colonialismo. Cuando me escapé de casa, yo vivía en los cementerios para no ser violado por los mayores”.

P. Pero la cosa no ha mejorado tanto tras más de cuarenta años de independencia. Las ciudades marroquíes están llenas de niños, adolescentes y jóvenes que viven en chabolas, se ofrecen como guías, venden chocolate, se prostituyen o hacen de alcahuetes, sueñan con emigrar a Europa en patera.

R. Ahora es casi peor, oye. Y yo sigo hablando de eso. Estoy considerado un escritor pornográfico en el mundo árabe porque hablo de la se-

xualidad. Pero intento dar algunos valores en mis libros.

P. ¿Qué valores?

R. Yo estoy comprometido socialmente. Me inclino a defender a las clases marginadas, olvidadas y aplastadas. No soy Espartaco, pero creo que todas las personas tienen una dignidad que tiene que ser respetada. Aunque no hayan tenido oportunidades en la vida.

P. En el Tánger de los años cuarenta, cincuenta y sesenta vivieron o recalieron personajes como Paul y Jane Bowles, Truman Capote, Cecil Beaton, Tennessee Williams, Gore Vidal, William Burroughs, Allen Ginsberg, Jean Genet, Alberto Moravia, Jack Kerouac... Era la época del Tánger bohemio, del Tánger jet-set, del Tánger beatnik, del Tánger de los globe-trotters. Y, sin embargo, usted dijo una vez que esos extranjeros venían a Tánger “como quien va a ver saltar a un mono de árbol en árbol”. ¿También piensa eso de sus amigos Genet y Bowles?

R. No lo pienso de Genet, que era auténtico, pero sí de Bowles. Él vino aquí en busca de un Marruecos *naïf*. Le hubiera gustado que Marruecos siguiera como en los años treinta. Bowles no amaba a los marroquíes, amaba a su propio Marruecos. Casi todos esos extranjeros de la época dorada de Tánger venían aquí en busca de exotismo y placeres, para fumar quif y hash, para tener chicas, chicos... Yo no estoy en contra de esa gente, pero a mí no me dieron la oportunidad de vivir como ellos. Lo malo era vivir en el otro lado. Lo malo era la humillación de los que vivíamos en el otro lado. A mí también me hubiera gustado vivir esa buena vida. Pero la buena vida de esa gente era a costa de aplastar a los demás. Y aplastar a los demás es algo primitivo, ¿entiendes?

P. Pero Bowles le hizo un regalo: tradujo al inglés *El pan desnudo*.

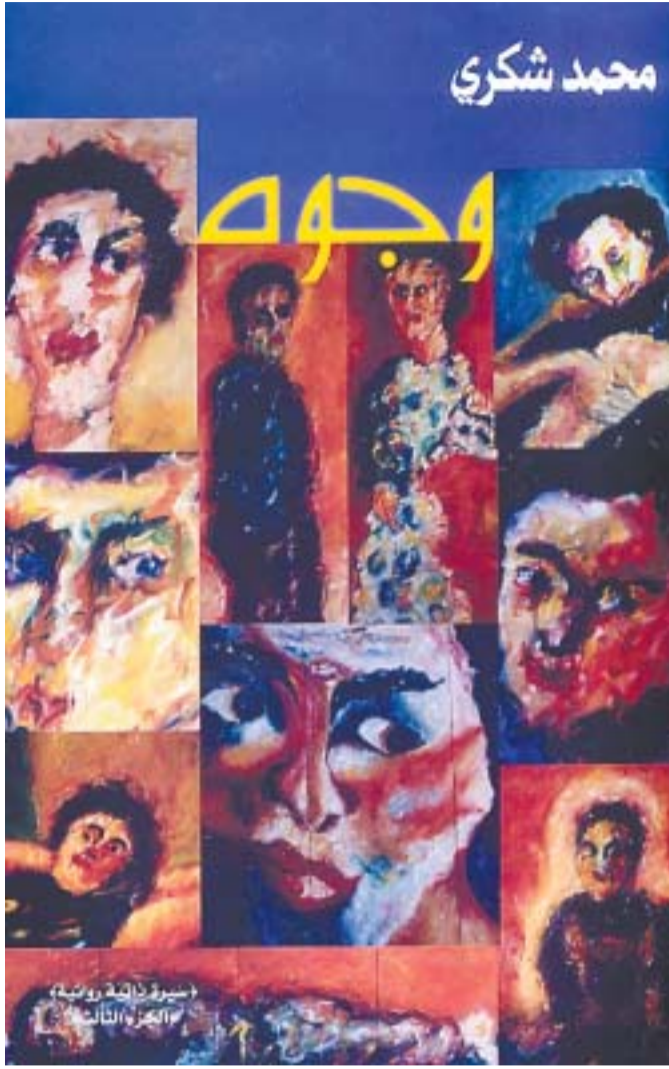
R. ¡Hombre, un gran regalo!

P. ¿Cómo trabajó con Bowles en la versión inglesa de *El pan desnudo*?

R. Yo lo traducí en mi cabeza del árabe a mi español y se lo iba dictando. Bowles, que hablaba un buen español, mejor que el mío, lo iba escribiendo en su español y luego lo traducí al inglés. Oye, un moro y un americano se entendían entonces en Tánger en español.

P. ¿Está escribiendo algo nuevo ahora?

R. No, estoy corrigiendo cosas viejas. Oye, te voy a hacer una confesión: yo quiero matar la fama que



Edición árabe de *Rostros, amores, maldiciones*, de Mohamed Chukri.

me dio *El pan desnudo*. Escribí *Tiempo de errores* y no se murió. He escrito *Rostros* y tampoco. *El pan desnudo* no quiere morir. Y me aplasta. Me siento como esos escritores aplastados por la fama de un solo libro. Como Cervantes con *Don Quijote*, o Flaubert con *Madame Bovary*, o D. H. Lawrence con *El amante de Lady Chatterley*. *El pan desnudo* sigue sin morir, el hijo de puta. Los niños por la calle no me llaman Chukri, me llaman *El pan desnudo*. Ese libro me dice todos los días: “Aquí estoy, vivo”.

P. Así que va a seguir intentando matar *El pan desnudo*.

R. ¡Claro! Yo soy cabezón. Soy Aries. Sabes que el lobo te va a comer, pero le das cornadas. *Rostros* no es mi despedida de la escritura. El escritor nunca se despide hasta que lo llevan a su tumba.

P. Y usted no tiene la intención de irse pronto a la tumba.

R. ¡No, no, no!
Vaciada la primera botella de Málaga, Chukri abre la segunda.

Yo traducía en mi cabeza del árabe al español y se lo dictaba a Bowles, que hablaba un buen español, que luego lo traducí al inglés. Oye, un moro y un americano se entendían en Tánger en español

Soñar tu vida en Tánger

ROSTROS, AMORES, MALDICIONES

Mohamed Chukri
Traducción de Housein Bouzalmate y Malika Embarek López
Debate. Madrid, 2002
140 páginas. 17 euros

J. V.

Ni ensalada de perejil, ni té con hierbabuena. *Rostros, amores, maldiciones*, la última entrega de la trilogía autobiográfica de Mohamed Chukri, tras *El pan desnudo* y *Tiempo de errores*, vuelve a saber a alcohol, semen, fluidos vaginales, ceniza, sangre, sudor y polvo. Eso sí, a Chukri se le ve en este libro más reconciliado con su vida y más seguro de su peculiar estilo literario. Es la paulatina redención a través de la escritura de la que él habla, pero también, sin duda, la edad. En *Rostros*, Chukri alcanza una sabiduría de madurez que le permite hablar de sí mismo y de sus personajes, la gente del submundo tangerino que intenta mantener su dignidad en la cotidiana lucha por la supervivencia, con menos ira, con más ternura, incluso con alegría en ocasiones.

Y está Tánger. “Tenía un amigo que opinaba que aquel que no supiese soñar su vida, viniese a Tánger”, escribe Chukri en uno de los capítulos de *Rostros*. Décadas después del fin de su periodo cosmopolita, en un Marruecos que no acaba de emerger hacia la democracia, el desarrollo económico y la justicia social, en un mundo donde suenan tambores de *yihad* y de cruzada, frente a una España que envía legionarios a un islote poblado por cabras, Tánger, incluso muy venida a menos, mantiene el milagro de hacerte soñar que allí es posible una nueva vida. Sigue siendo un polo magnético, un sitio especial, un lugar donde pasan cosas muy raras. Cosas buenas y cosas malas. Quizá sea la última ciudad andalusí del planeta, lo que queda de aquellas Sevilla, Córdoba y Granada en la que, aunque fuera con chilaba, un moro podía tomarse una copa con un judío y un cristiano, nacional o extranjero. Y nadie cuenta ahora Tánger como Chukri.

Instantánea de la narrativa magrebí: ese vaso medio lleno

Malika Embarek López

UN PASEO por las librerías puede resultar alentador para los interesados por lo que se ha traducido al español de los narradores del Magreb. Hallarán una oferta relativamente amplia. No hubiésemos podido decir lo mismo hace unos años, en los que casi sólo se encontraban algunas obras del marroquí Tahar Ben Jelloun, y ello gracias a la concesión del Premio Goncourt en 1987. Un año después, en 1988, la atribución del Nobel a Naguib Mahfuz abrió el acceso de las letras árabes al lector no especialista. El mercado se inundó de traducciones del egipcio, y, a su vez, por un efecto metonímico, se despertó el interés por otros escritores árabes.

Un pasado colonial compartido, traumático y enriquecedor, por el mestizaje

cultural que supuso; un entorno multicultural y multilingüe marcado por la convivencia de un árabe culto y un árabe vernáculo, el trasfondo de la lengua bereber en algunos escritores y el francés; el nomadismo, la errancia, la inmigración a Europa y la nueva savia de los escritores de segunda generación surgidos de ésta; la estrecha convivencia Magreb-Europa y las a veces esquizofrénicas dualidades de ese contraste, tanto para el hombre como para la mujer; el arraigo de la tradición oral; la pertenencia al Tercer Mundo, a un universo en que la realidad y lo imaginario se entrelazan con naturalidad; la adscripción mayoritaria a un género, la novela, relativamente nuevo en la tradición árabe, marcada por lo autobiográfico; la presencia marginal pero enraizada del patrimonio judeoárabe, en particular en el caso de Marruecos... Estos elementos aglutinan las narrativas de Marrue-

cos, Argelia y Túnez, a pesar de sus especificidades.

Disfrutemos del encuentro con lo que esos escritores nos cuentan de su cotidianidad y de sus fantasías, sin filtros de prejuicios, aunque, a menudo, en la orilla norte del Mediterráneo, estos textos nos llegan acompañados de las connotaciones atribuidas al mundo árabe e islámico, desde criterios no estrictamente literarios sino políticos y socioeconómicos. Siguen interesando los aspectos más pintorescos y mediáticos: las ambientaciones de las mil y una noches, las dunas del desierto, la sumisión de la mujer, el velo, la inmigración clandestina, el integrismo religioso, el 11 de septiembre. Registros temáticos que importan, pero es como si al escritor árabe no se le permitiese inscribirse en ese ámbito que reivindica Carlos Fuentes para sus homólogos en su ensayo *Geografía de la novela*, ese territorio situado “más

allá de sus nacionalidades, en la tierra común de la imaginación y la palabra”.

Adentrémonos este otoño en la escritura de los tunecinos Fawzi Mellah, Mahmud al Masadi, Arussiya al Naluti, Mustapha Tlili; de los argelinos Assia Djebbar, Mouloud Feraoun, Mohamed Dib, Rachid Boudjedra, Rachid Mimouni, Yasmina Khadra, Malika Mokeddem, Azouz Beggag; de los marroquíes Mohamed Chukri, Driss Chraïbi, Edmond Amran el Maleh, Ben Salem Himmich, Abdelhak Serhane, Mohamed Berrada, Tahar Ben Jelloun, Mohamed Zafzaf, Abdelmayid Benyellún, Lotfi Akalay, Rachid Nini.

Que queda aún mucho por descubrir, que se notan ausencias, que habría que traducir más obras de expresión árabe. Es cierto. Pero alegrémonos de que el vaso esté medio lleno... y apoyemos con nuestra lectura el enorme esfuerzo de editores y traductores.